

LOS COMBATES DE MASAYA Y GRANADA EN OCTUBRE DE 1856
Narrados por William Walker

“En la mañana del 11 de octubre, Walker se dirigió sobre Masaya con unos 800 hombres. Era cerca del mediodía, cuando el 1º de rifleros formó en Jalteva y siguió para Masaya por el camino de en medio. Iba a la vanguardia el mayor Waters con dos compañías de rifleros, cubriendo la retaguardia de la guardia cubana del general en jefe. Inmediatamente después de ésta, venía el capitán Schwartz con los morteros y las mulas que llevaban las municiones. Seguía el 2º de rifleros; y después de éstos, los dos batallones de infantería al mando del general Hornsby. Cerraba la retaguardia un piquete de caballería. La marcha siguió tranquila y sin interrupción; y un poco después de las nueve de la noche las fuerzas acamparon en la ronda de Masaya, ocupando la elevación de terreno que flanquea por ambos lados el camino de Granada en el punto en donde entra a la plazuela de San Sebastián. Durante la noche se hizo un fuego irregular entre las cubiertas montadas del enemigo y algunos de los piquetes americanos, pero las escaramuzas no tuvieron importancia. Apenas amaneció el día 12, el capitán Schwartz arrojó unas cuantas bombas contra la plazuela de San Sebastián y enseguida el capitán Dolan, con su compañía de rifleros, se lanzó a paso de carga para ocupar la plaza que encontró enteramente abandonada por el enemigo. Belloso había reconcentrado todas sus tropas en los alrededores y cerca de la plaza principal, siendo fuertemente atrincheradas las entradas de todas las calles que conducían a ella. Después de que el grueso de las tropas nicaragüenses hubo llegado a la plazuela de San Sebastián, unos pocos gastadores y mineros, organizados precipitadamente por un ingeniero civil, el capitán Hesse, recibieron orden de romper las paredes de las casas a ambos lados de la ancha calle que de la plazuela de San Sebastián conduce a la plaza principal. Hesse trabajó con mucha energía, protegido a la derecha de la calle por los rifleros y a la izquierda por la infantería. De tiempo en tiempo el capitán Schwartz procuraba lanzar bombas en medio de la plaza principal, pero siendo demasiado cortas las mechas, la mayor parte reventaban en el aire. Además de esto, uno de los morteros quedó desmontado después de pocos tiros y la cureña del otro no correspondía a su objeto.

Sin embargo los rifleros y la infantería, precedidos por los gastadores, avanzaban resueltamente hacia la plaza, encontrándose algunas veces con el enemigo en su marcha al través de las casas y obligándolo siempre a retroceder. El capitán Leonard con los capitanes McChesney y Stith, eran entre los rifleros los que habían avanzado más resueltamente, mientras que a la izquierda de la calle,

Dreux, de la infantería conservaba la delantera que había tomado. Al anochecer, lo único que dividía a los americanos del enemigo, eran las casas alrededor de la plaza; pero entonces las tropas, cansadas por las fatigas de todo el día se vieron obligadas a suspender la lucha hasta el amanecer. Al mismo tiempo también, la caballería, que exploraba el camino de Granada, trajo el parte de que se oía un fuego nutrido en dirección del lago y se hizo indispensable averiguar lo que había. El coronel Fisher comisario general, en unión del teniente coronel Lainé y el mayor Rogers, con un piquete de caballería, fueron enviados a Granada para conseguir algunas provisiones y observar si el camino estaba libre de enemigos. Poco después de la media noche, Rogers volvió con la noticia de que el enemigo había atacado a Granada y ocupaba gran parte de la ciudad con la intención de adueñarse de toda la plaza.

Parece que cuando Zavala, quien con sus guatemaltecos y algunos legitimistas ocupaba Diriomo, pequeña población entre Masaya y Nandaime, supo que Walker había salido de Granada, resolvió atacar la plaza, creyendo que había sido dejada enteramente indefensa. Sin embargo, estaba al mando de Granada, el general Fry y aunque las tropas regulares que tenía bajo sus órdenes eran escasas, los ciudadanos y los empleados civiles del Gobierno, elevaron el número de los americanos a cerca de doscientos. Las fuerzas de Zavala, cuando atacó la ciudad, no bajaban de setecientos hombres, aumentándose probablemente a novecientos antes de la mañana del 13. Entre los que iban con él, había un renegado llamado Harper, quien en el mes de abril anterior había desertado de Granada para ir a juntarse con los costarricenses; pues su conocida situación de presidiario indultado de la penitenciaría de California, le había impedido alcanzar en el ejército de Nicaragua la posición que deseaba.

Cuando Walker fue informado del ataque sobre Granada, inmediatamente dispuso que todas sus fuerzas se preparasen para marchar; y temprano de la mañana del 13 se dirigió a marcha forzada para libertar a Fry y su pequeña guarnición. Poco después de las 9 a.m., en su marcha de regreso, los americanos oyeron repetidas descargas de fusilería en la ciudad; y al acercarse a Jalteva se encontraron con una fuerte división enemiga que ocupaba ambos lados de la calle atrincherada. Iba a la vanguardia el coronel Markhan con el primero de infantería y el fuego del enemigo era tan vivo y bien dirigido, que por algún tiempo detuvo el avance de la infantería. Sin embargo, pocos minutos después, los americanos fueron lanzados a la carga, fugándose el enemigo en todas direcciones y abandonando un cañón. Entonces el grueso de las fuerzas nicaragüenses marchó rápidamente hacia la plaza principal, en donde vieron flotar todavía su bandera y pronto la ciudad quedó libre de los aliados. Además de la pieza tomada en Jalteva, Zavala dejó otra

abandonada, quedando las calles cubiertas con los cadáveres de sus muertos y varios prisioneros de nota y algunos heridos, en poder de los nicaragüenses.

Después que Walker hubo ocupado la plaza, averiguó que Zavala había atacado la ciudad el día anterior por la mañana y que la pequeña guarnición se había batido contra los aliados casi durante 24 horas. Los ciudadanos de la plaza se condujeron con un valor digno de todo elogio y algunos de ellos recibieron heridas, en defensa de sus nuevos hogares, que llevarán hasta la tumba. El mayor Angus Gillis, fiscal del departamento oriental, había ido a Nicaragua para vengar la muerte de un noble hijo muerto en Rivas en la acción del 11 de abril; y mientras que con el vigor de un joven luchaba contra el odiado enemigo que le había arrebatado a su hijo, recibió una herida muy grave en la cara que le causó la pérdida de un ojo, sino de ambos. Juan Tabor, editor de "El Nicaragüense", fue herido en el muslo mientras defendía su derecho de imprimir y publicar sus opiniones en Centroamérica. Douglass J. Witkins había defendido el hospital, amenazado de ser tomado por asalto a cada instante y había infundido parte de su indomable espíritu en las débiles y escuálidas figuras de los que estaban tendidos en sus camas o encogidos en las hamacas de los varios cuarteles. También los oficiales empleados en las diferentes oficinas del ejército, habían contribuido mucho a rechazar los ataques de los aliados. El coronel Jones, pagador general del ejército, había dirigido la defensa de la casa de Gobierno en la esquina de la plaza, mientras que el mayor Potter perteneciente al cuerpo de artillería, prestaba útiles servicios en varios puntos, especialmente en la casa-cuartel cerca de la iglesia. En esa ocasión fue también que el capitán Swingle dio pruebas por la primera vez de aquella habilidad y valor que le hicieron tan útil en las operaciones posteriores.

Ni los mismos cuyo instituto era predicar la paz, creyeron impropio de su profesión pelear en defensa de una causa ultrajada y perseguida por los hombres, pero justa y sagrada a los ojos de los que conocían los motivos de la lucha. No parecerá extraño, que el juez de 1ª instancia, Tomás Basye, haya empleado su rifle en defensa de la autoridad de donde tenía su destino; y la conducta del padre Rossiter, sacerdote católico recientemente nombrado capellán del ejército, merece mucho llamar la atención y la investigación. Pero en vista de la conducta de los aliados cuando entraron en la ciudad, no nos sorprenderá ver a un sacerdote de la iglesia armar su brazo para defenderse de los ataques de los que se conducían como salvajes. Esto nos lleva a considerar algunos incidentes ocurridos durante el ataque de Granada, que demuestran el carácter de la guerra que los aliados estaban haciendo.

Entre los antiguos americanos residentes en Granada se encontraba Juan B. Lawless, nacido en Irlanda, pero naturalizado en los Estados Unidos. Durante

varios años se había ocupado de negocios de comercio en el Istmo, especialmente en la compra de cueros y pieles que exportaba a Nueva York. De carácter suave y maneras inofensivas, había sabido ganarse aún la estima de los celosos granadinos, con la honorabilidad de su conducta y la integridad de su carácter. Durante las primeras semanas de la ocupación americana, había sido muy útil a los legitimistas, llevando sus pequeños agravios y quejas a noticia del general en jefe, siendo su intervención invariablemente en favor de los nativos, para protegerlos de la conducta descuidada de los recién llegados. Tanta era la fe que tenía en la buena voluntad de los legitimistas hacia él, tan firme era su confianza en la protección de su ciudadanía americana, que se negó a aceptar el ofrecimiento que le fue hecho de retirarse de la plaza bajo la protección de las armas nicaragüenses. Quedó en su casa cuando los soldados de Zavala entraron en la ciudad, y precisamente en el momento en que estaba tendiendo la bandera americana a la puerta de la misma, le arrebataron a la fuerza, le llevaron a Jalteva, y allí, después de haberle acribillado a balazos, saciaron sus salvajes pasiones atravesando su cadáver con las bayonetas.

Ni Lawless fue la sola víctima de su violencia. Un agente de la sociedad americana de la Biblia, el reverendo D. H. Wheeler, fue arrastrado de su casa y asesinado del mismo modo como Lawless. También el reverendo Guillermo J. Ferguson, predicador metodista, fue arrancado de los brazos de su hija, sufriendo la misma suerte que Lawless y Wheeler. No satisfechos con el asesinato de aquellas personas indefensas, la brutal soldadesca de Carrera, les robó sus vestidos, arrojando sus cadáveres desnudos, como si fuesen perros, en las plazas públicas. Pero en la casa en que vivía el padre Rossiter, los secuaces de Zavala cometieron un crimen más negro todavía. Cuando las tropas de Guatemala entraron a la ciudad, los hijos de un inglés que acababa de llegar a Granada de Nueva York, estaban sentados a la mesa. El grupo era formado por un muchacho de seis años de edad, dos niñas, una de cuatro y la otra de dos y una criada. Un soldado al pasar al frente de la ventana, apuntó su fusil sobre aquellos inocentes, y haciendo fuego resueltamente, mató en el acto al muchacho. La criada salvó a las niñas refugiándose con ellas en una casa cercana, mientras los soldados forzaban las puertas y las ventanas del cuarto en donde yacía el pequeño cadáver.

Tales afrentas se hacían a personas que reclamaban la protección del pabellón americano; y ese mismo pabellón era la mofa y el escarnio de aquellos soldados que un salvaje ignorante había lanzado sobre las llanuras de Nicaragua. Cuando los aliados atacaron la ciudad, el ministro americano estaba postrado, casi moribundo, por causa de una enfermedad repentina de que había sido atacado algunos días antes. Las señoras y otras personas inhábiles para el combate, a la

primera señal de alarma habían sido reunidas en la casa del ministro; pero también fue muy útil haber sido enviado para protegerlas un piquete de rifleros. El ministro no se hallaba en situación de proteger a los desvalidos que estaban en su casa; y su pabellón hacía flotar sus anchos pliegues al frente de la puerta, creyéndose que hubiera servido de suficiente protección. Sin embargo, cuando el enemigo ocupó las casas cercanas a la legación, comenzaron a tirar sobre la “bandera estrellada”, llamando a Mr. Wheeler para que saliese a la calle. El nombre del ministro filibustero, fue cubierto con las más escogidas frases de obscenidad española; y no hubo epíteto de odio y desprecio contra la raza del Norte, de que no se sirviesen los legitimistas granadinos. Bien tuvo para Mr. Wheeler que el secretario de Estado americano, le hubiese concedido en aquellos días, permiso de regresar a Washington, para dar informes sobre el estado de los negocios en Nicaragua, político modo de decir al ministro, que el Gobierno no tenía necesidad de sus servicios.

Las pérdidas de los americanos en la acción del 12 y 13 en Masaya y Granada, fueron un poco más de ciento veinte muertos y ochenta y cinco heridos. Las de Masaya fueron insignificantes, habiendo acontecido la mayor parte en Granada. Hubo unos cuantos extraviados, especialmente de los que pertenecían a las fuerzas con que el coronel Fisher había salido de Masaya en la noche del 12. Regresando Fisher a Masaya por un camino diferente del que Walker tomó en la mañana del 13, fue sorprendido al llegar a la ronda de la ciudad de encontrarse al frente de un gran destacamento enemigo. Tomando inmediatamente por un camino excusado hacia Diriá y Diriomo, logró eludir por algún tiempo al enemigo; pero poco después, volvió a encontrarse con él, aunque no fuese tan numeroso como antes. Entonces la caballería y los oficiales de Fisher vieron que la fuerte humedad de la noche había vuelto inservibles las carabinas de Sharp, habiéndose formado el óxido entre la recámara y el cañón. Al fin se separaron, encontrando algunos inmediatamente el camino para Granada, mientras que otros volvieron varios días después. El teniente coronel Lainé, edecán del general en jefe, fue hecho prisionero por los aliados y fusilado. Apenas se supo con certeza en Granada su ejecución, fueron pasados por las armas en represalia, dos oficiales guatemaltecos, el teniente coronel Valderrama y el capitán Allende.

Las pérdidas del enemigo en Granada fueron graves. En la noche del 12, probablemente, enterró sus muertos de aquel día, pues, cerca de las casas ocupadas por los aliados se hallaron muchas sepulturas. Además, casi cien cadáveres fueron enterrados por los americanos después que Zavala se retiró a Masaya. Los informes también prueban, que hubo gran número de heridos, no sólo llevados de Granada, sino también de los que habían resultado en la mañana y en la tarde del 12.”